

**L**A Compañía de Jesús fue fundada en 1534, y hoy se halla extendida por las cinco partes del mundo.

*El nacimiento de esta orden católica, su influencia, sus hechos, producen una controversia constante. Su entrega, sus obras de caridad, su política internacional, han suscitado siempre recelos, actitudes encontradas, ataques y elogios.*

*El origen se fundamenta en las apariciones y voces celestiales que vio y escuchó el capitán Ignacio de Loyola (a quien vemos en el grabado), con escepticismo de los sabios, pero que a él le hicieron instituir la Compañía.*



# APUNTE PARA UNA HISTORIA DE LOS JESUITAS

CARLOS SAMPELAYO

El siglo XVI en su primera mitad era propicio al fenómeno. Iñigo (Ignacio en arcaico castellano) estaba inmerso en aquellas emociones de la existencia de un nuevo continente que se abría a España como una fuente de economía, con pueblos o razas desconocidas, mientras Europa seguía su destino de sangre en luchas armadas por conquistarse y sojuzgarse mutuamente en un afán de supervivencia potencial.

Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón, capitalistas de la conquista de América, habían creado un nuevo tipo español ambicioso, que se extendió por todo el continente nuevo, avasallando a sus pobladores. Francia, Portugal e Inglaterra imitaron a España, y también

fueron a América, con graves riesgos para conseguir asimismo territorios y riquezas, hasta donde fuera posible.

Ignacio vio la luz en Guipúzcoa. Sus padres se llamaban Beltrán Yañez de Oñaz y Loyola y María Sáenz de Licona y Balde. Hizo los primeros estudios en Arévalo, introduciéndose en la aristocracia, lo que le valió emprender la carrera militar bajo el mando de don Antonio Manrique, virrey de Navarra y duque de Nájera. Consiguió también ser paje de Isabel y Fernando.

Con brillante hoja de servicios, era sin embargo un prototipo del militar de entonces,



gallardo, calavera y enamorado («mitad golfo, mitad santo», le define Baroja).

Francisco I trató de apoderarse de España y empezó su ataque a Pamplona por medio de tropas al mando de Andrés de Foix. Ignacio de Loyola era uno de los defensores de la ciudad, que tenía como mando militar supremo al capitán Francisco de Herrera. Ante el empuje violento de los franceses, el capitán estuvo a punto de capitular, a no ser por Loyola que le persuadió para que resistieran hasta morir. No obstante Pamplona cayó en manos de los franceses, y un proyectil de cañón hirió a Ignacio en la pierna derecha bajo la rodilla, pero sin interesarle el hueso. Los franceses se apiadaron del futuro santo, y como premio a su arrojo le dieron la libertad y lo mandaron al hogar familiar a curarse.

No se podía sospechar que aquel soldado habría de empezar su camino de perfección entonces, en medio de los dolores que la infección de las contusiones le causaron, sin médicos aptos para curarle, hasta temerse que falleciera. Cuando el dolor le calmaba leía libros religiosos y deseó ser como los primeros padres de la Iglesia, abandonar la vida alegre, repartir bondad, prometiéndose cambiar de vida si ella seguía.

Después de aguantar dos intervenciones de la tosca cirugía de la época, sin ninguna clase de anestesia, y en las que hubo poca esperanza de salvarle, se arrodilló ante la Virgen y juró dedicarse al Altísimo. En aquellos días de convalecencia dijo que en uno de sus insomnios habían entrado en la habitación la Virgen y el Niño para perdonarle todas sus culpas y pecados mundanales.

Cuando ya se repuso del todo, pensó que lo debía al Cielo, y marchó a Navarrete a entrevistarse con el duque de Nájera, que tanto se había interesado por su salud. Después, cabalgando en una mula emprendió la ruta a Cataluña para visitar Montserrat. No le acompañaba nadie. Llegado a tierras catalanas, le dio la cabalgadura a un mendigo con quien además cambió los harapos de este por el traje que llevaba y se dedicó a expiar sus culpas, haciendo voto de castidad y confesándose.

El atuendo del mendigo consistía en un sayal casi destrozado de color marrón, una sogá

para atársela a la cintura, alpargatas y un báculo con una calabaza. Puede decirse que de esta manera comenzaron a vestirse los primeros cofundadores de la Compañía de Jesús.

El atavismo militar que hasta entonces le había dominado, le hizo pasar en vigilia de armamento la noche siguiente. No eran la espada ni el yelmo de Don Quijote, sino el propósito de compasión por la humanidad y la determinación de entregarse a las buenas obras totalmente. Más tarde, en la caverna de Manresa, pergeñó los tan conocidos «Ejercicios Espirituales», que hasta hoy son como las tablas de la ley de la Compañía de Jesús.

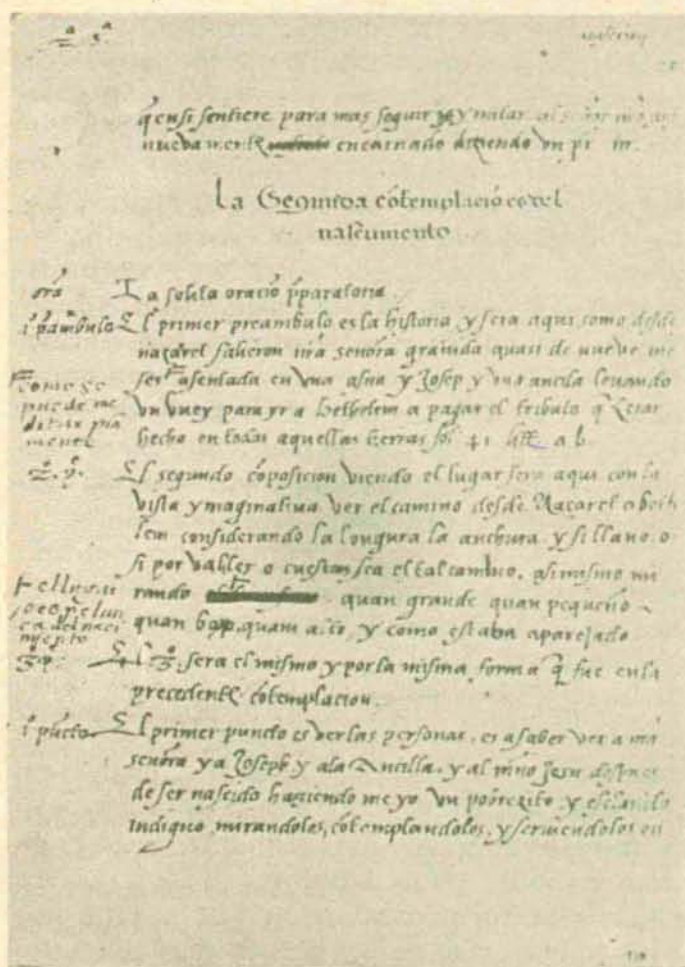
Después estuvo estudiando latín y filosofía en Barcelona, Salamanca y Alcalá de Henares; y arte en París. Aquí fue profesor, y abrió una escuela en Montmartre, para educar a unos cuantos jóvenes en la emulación de Jesús, inculcándoles además la idea de ir a Jerusalén. Con este propósito y arrastrando a su paso numerosos adeptos —al estilo de Cristo— volvió a España, y fue a Bolonia y Venecia. En esta ciudad tornó a enfermar y daba limosnas a los pobres, asistía a los enfermos necesitados, ayudaba a los enterramientos indigentes.

En 1537, se alejó de su cuerpo la enfermedad, sintiéndose otra vez lo suficientemente fuerte para reemprender el camino a Tierra Santa, en el momento en que estallaba la contienda contra los turcos. Era imposible. Entonces cambió sus planes y se fue a Roma con sus discípulos. Pidieron audiencia al Papa Paulo III, y éste les autorizó a todos ellos a ordenarse sacerdotes.

Más tarde, volvió a asegurar que había tenido la aparición esta vez de Dios y Cristo juntos y nuevamente fue a ver al Papa en unión de seis de los discípulos que le seguían siempre: Javier, Rodríguez, Lainez, Salmerón, Bobadilla y Codure; que fueron los que con él fundaron la Compañía de Jesús en 1541, recayendo naturalmente en Ignacio el título de primer prepósito o general de la misma.

Acto seguido el aislamiento y el rezo embargaron su vida. En 1551 creó el Colegio Romano. Un año después el Colegio Germánico. Publicó la «Constitución de la Compañía de Jesús» y murió el 30 de julio de 1556, en el momento en que la Compañía estaba compuesta por 1.000 hombres y tenía 100 conventos o cuarteles en





EN LA CAVERNA DE MANRESA, IGNACIO DE LOYOLA ESCRIBIO LOS «EJERCICIOS ESPIRITUALES» —UNA DE CUYAS PAGINAS VEMOS EN EL GRABADO ADJUNTO—, QUE HASTA HOY HAN SIDO COMO LAS TABLAS DE LA LEY DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

10 provincias —así llamados sus diferentes radios de acción— en todo el mundo. Se le enterró en la iglesia de Gesu, en Roma. Lo beatificó Paulo V el 27 de julio de 1609, y lo aupó a los altares Gregorio XV el 12 de marzo de 1622.

Desde que Ignacio es elevado a santo la orden por él fundada abandona los deliquios de vida contemplativa para dedicarse a un trabajo activo con el emblema «Firmeza, decisión y amar al prójimo». (A. M. D. G. o sea «Ad majorem Dei gloriam»: A la mayor gloria de Dios).

Tropezaron los jesuitas con la corriente liberal y las nuevas ideas de la época. Se les consideró reaccionarios, cuando extendían su influencia en la totalidad europea y en las Indias Orientales, Africa, Japón, Australia y la América Hispánica en los años de la conquista, como unos conquistadores más en orden al desbrozamiento de los mitos aborígenes, en aquellas hazañas de sangre y fuego.

En esa América que podríamos llamar nues-

tra, los émulos de San Ignacio fundaron iglesias, hicieron que los indios aprendieran el español y otras lenguas, averiguaron las costumbres y creencias de las diferentes razas, y fueron en suma muy influyentes en la gobernación de los Estados por los españoles.

Los jesuitas iluminados por conceptos mecánicos de hermandad entre los hombres libres, resultaron una fuerza de choque de la Contrarreforma, ya que las escuelas que regentaban en distintos países, eran las primeras escuelas religiosas que hubo en ellos, no había otras, y por lo tanto no existía otra forma de sentir el catolicismo que la dictada por la Orden. De ahí su penetración inicial entre las masas.

A tanto llegó la expansión y las decisivas inge-rencias en los combates entre las diferentes órdenes y tendencias que, naturalmente, y como en todo intento de política monopolizadora, surgió el torrente de adversarios con que cuentan hasta el presente. Llegó el «climax» contra los jesuitas en la mitad del siglo XVIII, en que el reino de Portugal les invitó a abandonar el país el año 1756.

A partir de esa primera expulsión, los hijos de Loyola suscitaban celos y concitaron hostilidades en diferentes países occidentales. Francia los expulsó en 1762, España en 1767, alcanzando la expulsión asimismo a sus colonias; siguieron siendo expulsados de otros países, y al fin, el papa Clemente XIV, a instancias del gobierno italiano decretó la disolución de la Compañía de Jesús.

Es esa la peor época de la organización. Se les aborrecía en las cinco partes del mundo, con violencia. La gente entraba en sus templos, sacando de ellos riquezas ocultas. Pero más que nadie les persiguieron los otros religiosos, los protestantes, los evangelistas, las otras órdenes católicas, los sabios temerosos de una peligrosa hegemonía, dominicos, agustinos, escritores, aristócratas, liberales, los regímenes democráticos, las repúblicas y los reinos. Los pocos jesuitas que quedaron después del saqueo de sus casas, obtuvieron refugio en el Convento de los Trinitarios, de Roma.

Cuando la Compañía parecía olvidada del mundo, cuando éste había vuelto al sistema de oligarquías reaccionarias, otro papa, Pío VI, pretendió volver a darles beligerancia a los jesuitas, con la oposición decisiva del go-



bierno italiano, y siguieron trabajando como organización ilegal en algunas naciones, Prusia y Rusia incluidas, siempre vislumbrando que tarde o temprano volverían por sus fueros a actuar en la vida pública sin trabas ni oposiciones oficiales.

Y no se equivocaron. Pío VII, pudo librarse del encono de Napoleón, y vuelto a Roma en 1814, concedió a los jesuitas la Bula que les permitía volver a ejercer libremente.

Desde entonces hasta 1925 la actividad jesuítica fue bastante intensa. Recuperaron su influencia en Europa y América, y crearon nuevos focos en África y Oceanía, en las colonias inglesas, francesas y portuguesas.

La II República Española volvió a expulsarlos sin éxito. Ahora, siguen siendo discutidos, y aun divididos en el contexto postconciliar, con probabilidad de disensiones en el seno de la Organización, como en cualquier ideología política. En el presente, poseen 31.000 sacerdotes, y parece que entre ellos se apuntan distintos pareceres en cuanto a la jerarquía y

las misiones respectivas en la coyuntura de un mundo ancho y diverso, que requiere un enfoque nuevo de la actividad jesuítica. Sin embargo, un solo hombre continúa en el poder supremo: el preposito.

La religión católica, apostólica y romana reconoce que ha habido numerosos santos canonizados y en proceso de canonización, naturales de diversos meridianos, como los japoneses Pablo Miki, Juan de Soto y Diego Kisai; y los tan populares en el santoral como Luis Gonzaga, Alfonso Rodríguez, Pedro Canicio, Retz Acquaviva, Edmundo Campión, Alejandro Briant, Tomás Cottán, Bernardino Realino, Francisco de Borja... El 31 de julio, día de San Ignacio, es también el día de todos los santos y beatos jesuitas.

Una historia de la Compañía de Jesús requiere muchas páginas, quizá muchos tomos. Han pasado quinientos años de influencia en las manifestaciones de la humanidad, de escolástica, teología y concepto de la religión, de intromisión en ello y en todas las ideologías civiles, determinando incluso la aventura política de numerosas nacionalidades. ■ C. S.

LA COMPAÑÍA DE JESUS CUENTA EN LA ACTUALIDAD CON 31.000 SACERDOTES, ENTRE LOS QUE SE APUNTAN DIVERSOS PARECERES SOBRE LA JERARQUIA Y LAS MISIONES RESPECTIVAS EN LA COYUNTURA DE UN MUNDO ANCHO Y CAMBIANTE. EL PADRE ARRUPE, ACTUAL PREPOSITO DE LA ORDEN, FIGURA EL PRIMERO A LA DERECHA DEL LECTOR EN ESTA FOTO.

